José María Marcelo, S.J.

ESCOGIDA ENTRE MILLARES

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Impreso y encuadernado en BINICROS, S.L.
Av. Catalunya, 130 Naves 15-16
08150 PARETS DEL VALLES (BARCELONA)
Printed in Spain

Con licencia eclesiástica
I.S.B.N. 84-7693-142-5
Dep. Legal B-23955-91

PROLOGO

Siento ante el P. José María Marcelo, autor del presente libro, la misma admiración y respeto que tienen hacia él centenares de sacerdotes. Este jesuíta, silencioso y trabajador, ha dedicado 23 años de su vida a la formación espiritual de seminaristas, como Director espiritual en los seminarios de Córdoba y Granada. Un gran número de los que como estudiantes recibieron de él la configuración de lo que debía ser su espíritu sacerdotal, siguen acudiendo al P. Marcelo, cuando ese espíritu se ve puesto a la prueba de las dificultades cotidianas de la vida pastoral.

Pero el P. Marcelo no ha limitado su actividad formativa al diálogo personal que, por lo demás, es el forjador primario de una personalidad. Ha querido siempre ampliar su acción apostólica a través de una producción escrita sobre temas espirituales, que pudiera así llegar a círculos más amplios. Su primer libro, "El buen combate", *es una colección de pensamientos, auténticas semillas para la meditación y reflexión personal. De este modo, el P. Marcelo esparcía al aire sus ideas, concentradas como semillas, a imagen del sembrador evangélico.*

De más aliento es su segundo libro "Jesucristo, Salvador único". *Se trata de una vida de Jesús meditada. Sin duda, las vidas clásicas de Jesucristo han tenido el enorme mérito de ser interesantes intentos de reconstruir, dentro de lo posible, cuanto conocemos de su biografía, ordenando y sintetizando los datos contenidos en los evangelios. Pero, tras ella, el creyente necesita la penetración contemplativa en el transfondo de los acontecimientos, sobre todo en el infinito amor de un Corazón, que es la única explicación posible a los sucesos externos de esa vida.*

Algo parecido pretende el presente libro "Escogida entre millares", *con respecto a la Santísima Virgen. De manera ungida, sabrosa, y, a la vez, sencilla, el P. Marcelo ayuda al lector a penetrar en los misterios de María. Lo más original de su propósito radica en que los misterios no se ordenan según una sistematización más o menos ideológica y, por ello, más o menos artificial, sino en conexión con los acontecimientos principales de la vida de Nuestra Señora. Sin duda, son mucho menos los datos que conocemos de la vida de María que de la de Jesús. Pero esos pocos elementos fundamentales bastan para constituir un cañamazo sobre el que se articula la reflexión doctrinal y espiritual.*

Hace ya bastantes años K. Rahner lamentaba la no aparición de un tratado sobre los misterios de la vida de Cristo, como complemento de la Cristología sistemática. Algunos teólogos modernos han intentado recientemente rellenar esa laguna. Pero, a mi juicio, se ha tomado el camino de la yuxtaposición de una reflexión sobre los misterios de la vida del Señor después de haber tratado sistemáticamente los grandes temas de la Cristología, y esta yuxtaposición constituye una solución de compromiso que lleva, entre otras cosas, a frecuente duplicados. Pienso que el ideal sería entrelazar las cuestiones sistemáticas de la Cristología con el orden mismo de los misterios de la vida del Señor.

Aunque se trate de una obra de divulgación, éste ha sido, en el caso de María, el camino seguido por el P. José María Marcelo en el presente libro. Sin pretensiones, pero con eficacia, sus páginas ofrecen al conocimiento y a la meditación la figura de Aquella que fue "Escogida entre millares".

Granada, 7 de marzo de 1981.

Cándido Pozo S.I.

I

EL CULTO A LA VIRGEN MARIA

El amor y el culto a la Stma. Virgen María es algo entrañablemente querido al pueblo fiel. Bien lo prueban tantos templos y santuarios levantados en su honor, tantas fiestas y peregrinaciones, tantos cánticos y rezos con que es ensalzada, con preferencia a todos los ángeles y santos del cielo.

En nuestra patria ha florecido tanto la devoción a María, que con razón se ha llamado a España *"la tierra de María Santísima"*.

Voz de la Iglesia.

Con este clamor popular concuerda la voz de la Iglesia orante, que es la Liturgia. A ningún santo, por excelso que sea, le dedica tanta atención en su ciclo anual como a la Virgen María.

La honra con *solemnidades*, como la Inmaculada y la Asunción, y con frecuentes *festividades*. Cada semana le dedica el sábado, si no está impedido; es la deliciosa celebración *"de Santa María en sába-*

do". En el mismo canon de la misa se hace un elogio especial de Nuestra Señora: "La gloriosa siempre Virgen María", "María, la Virgen Madre de Dios..."

¿Por qué esta preferencia?

La razón es bien sencilla. *Ella es la Madre de Dios,* ya que es Madre de Jesucristo, el cual es Dios. Ahora bien, la dignidad de Madre Dios está en un plano enteramente superior a la de todos los ángeles y santos.

Por eso a María, después del culto de latría o adoración, que se da exclusivamente a Dios y a Cristo, se le tributa un culto mayor que a los ángeles y santos todos. A ellos se les da el culto de *dulía* (dulos significa siervo), porque son siervos de Dios, pero a la Virgen le damos el culto de *hiperdulía,* pues aunque es sierva de Dios, también es su Madre.

Devoción excelentísima.

Dios quiere en nosotros esta devoción mariana, por encima de la que se da a los santos, porque quiere que se honre de un modo especial a la Madre de su Hijo. Por eso *no es opcional,* no se deja al arbitrio de cada uno el honrar o no a la Virgen María. Como no es opcional el honrar cada uno a su pro-

pia madre, y ella es *la Madre de todos.*

Los santos consideran esta devoción como *"señal de predestinación"*. Así lo afirma, entre otros, S. Alfonso María de Ligorio. Y Pío XII escribió: "El culto a la Virgen María es señal de predestinación, según afirman los santos" (encícl. Mediator Dei).

Esto es como decir que una verdadera devoción a la Stma. Virgen nos hará cumplir los mandamientos, y vivir en estado de gracia. Y la intercesión de María por sus devotos les alcanzará de Dios la perseverancia final.

A Jesús por María.

Carece de todo fundamento lo que objetan los adversarios de la devoción mariana, a saber, que con ella se puede oscurecer la gloria de Cristo. De ningún modo hay que temer esto, si la devoción a María se practica como lo enseña la Iglesia. Pues todas las formas de piedad mariana se desarrollan en la Iglesia *"entorno al culto de Cristo"*, dice Pablo VI en "Marialis cultus".

¿Como va a oscurecer la Virgen a su Hijo, si toda su grandeza le viene de El, como la luz de la luna le viene toda del sol? Los dones de María, aun los primeros, le fueron dados por los méritos de Cristo, previstos desde siempre en la mente divina.

El Vat. II afirma: "honrada la Madre, el Hijo es

mejor conocido, amado, y glorificado" (L.G.65). Es lo que se expresa por el conocido lema: *"A Jesús por María"*.

Por eso queremos fomentar nuestro amor a la Virgen, y para lograrlo, nada mejor que conocer sus glorias y su maravillosa santidad. Es lo que intentaremos en las páginas siguientes, contando con su ayuda.

II

MARIA EN EL PLAN DE DIOS

"Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna.

Plan salvífico de Dios.

Desde toda la eternidad, había Dios trazado un maravilloso *plan de amor y salvación* para todos los hombres. Dispuso que, llegada la plenitud de los tiempos, su Hijo Unigénito, en quien tiene todas sus complacencias, se hiciese hombre como nosotros, hermano nuestro que, como Jefe y Guía, a la cabeza del humano linaje, lo condujese hacia Dios, suprema felicidad del hombre.

Pero, además, previendo Dios, en su infinita sabiduría, que el hombre sería ingrato y rebelde a su

¡Oh grandeza incomprensible del amor y sabiduría de Dios! Para salvar al esclavo, entregó al Hijo.

Hacía falta una Madre.

Pues si el Hijo de Dios había de hacerse hombre, es claro que se necesitaba una Madre para El. Una Mujer que, de su propia sangre, le diera el cuerpo humano. Esa Mujer la escogió el Altísimo desde todos los siglos, antes de la creación del mundo.

Y en el mismo amanecer de la historia humana, tras el primer pecado del hombre en el paraíso, anunció a esa Mujer, *como signo de esperanza,* consolador arco iris tras la primera borrasca.

¿Y quién fue esa criatura afortunada? No fue ninguna reina o emperatriz, ni artista célebre, ni mujer del gran mundo. Fue una *virgen humilde y pura,* flor oculta en un pueblecillo de Galilea, llamado Nazaret. La Virgen se llamaba María (Myriam).

Ella fue la escogida, no ya entre millares, sino entre todas las mujeres, y entre todas las puras criaturas, la predilecta de Dios. El mismo la preparó a su gusto, para que fuese digna Madre de su Unigénito, digna morada del Verbo eterno.

amor, movido de misericordia, determinó que su Hijo viniera al mundo de forma *que pudiera sufrir y morir,* a fin de rescatar al hombre del pecado y librarlo de la ruina eterna.

La dulce Zeotocos.

Ser la Madre de Dios era, ni más ni menos, la vocación de María. Dios la destinaba para que concibiera en su vientre virginal al Hijo divino, dándole el ser humano, milagrosamente sin concurso de varón, *"por obra y gracia del Espíritu Santo"*.

La humilde doncella de Nazaret se había de convertir, por designio del Altísimo, en la Madre de Dios, *la dulce Zeotocos,* como la llaman los orientales cristianos.

Desde entonces, jamás se podrá separar a María de Jesús. Unidos estrechamente en el plan salvífico de Dios, unidos en la cima del sacrificio, y no menos en la gloria del triunfo. Unidos, en fin, en el amor y la devoción del pueblo fiel.

Pero, a más de Madre, María había de ser *la colaboradora* que Cristo quiso asociar a su obra de redención, y a su mediación única, con subordinación y por virtud de El.

Para todo esto, el Espíritu Santo había de derramar sobre ella toda la torrentera de sus dones, haciéndola inmaculada, llena de gracia, virginal, y adornada de radiante corona de todas las estrellas de virtudes, admirable Reina de todos los santos.

Tal se proyectó la Virgen María en el plan salvífico de Dios.

III

CONCEBIDA SIN PECADO

La incomparable belleza del alma de María jamás fue afeada por la más mínima mancha de culpa. Y esa gloria interior de la hija predilecta del Padre se reflejaba en todo su ser, y se asomaba a sus ojos, dando a su semblante un encanto sobrehumano.

El mismo Dios estaba prendado de esta criatura suya, obra maestra del Artífice divino, el Espíritu Santo.

María Inmaculada.

El Hijo de Dios, al encarnarse, se dignó hacerse semejante a sus hermanos en todo, asumiendo las miserias y penalidades humanas, incluso la misma muerte. Por todo pasó, pero con una *excepción irrevocable,* ¡el pecado! De pecado nada en absoluto.

Así tenía que ser. Pues un pecado, aun el más mínimo, en la naturaleza humana de Cristo, hubiera sido pecar el Hijo de Dios, ya que de todas las

acciones del sujeto es *responsable la persona,* y en Cristo no hay sino una persona, el Hijo de Dios.

De ahí que el pecado en Cristo es un imposible total, absoluto, de esos que los filósofos llaman *imposible metafísico,* un absurdo, una quimera. Pero hay más todavía.

Y es que para hacerse hombre el Hijo de Dios, tampoco quiso pecado alguno en su Madre. *Quiso nacer de una Madre del todo pura,* sin fealdad de culpa, ni la más leve. Ni siquiera esa culpa común de la familia humana, heredada de Adán en todos sus descendientes, la *culpa original.*

María Santísima no tuvo jamás mancha alguna de pecado, ni el original, desde el primer instante de su ser, desde su concepción. Fue totalmente sin pecado, *Inmaculada.*

Privilegio singular.

La pureza que tuvo Cristo por esencia, la tuvo María por gracia, por especial privilegio, en atención a los méritos de Cristo, previstos eternamente en la mente de Dios.

¿Os dais cuenta de la singularidad de este privilegio? Imaginad *el árbol de la entera familia humana:* todas sus flores y frutos brotan inficionados por la corrupción de la raíz, Adán pecador.

Hasta los más grandes amigos de Dios, como Abraham, Moisés, los profetas... todos fueron con-

cebidos con esa mancha original, de la cual después los purificó Dios. El mismo Juan Bautista no fue liberado sino al sexto mes de su concepción (al ser visitada su madre Isabel por María, preñada ya de Cristo).

Una sola, entre todas las puras criaturas, penetró en el valle de la vida humana sin pagar el inevitable tributo de la culpa original. ¿Quien es esa princesa real? Lo sabéis bien, *la santísima Virgen María.*

¡Privilegio asombroso! ¡Auténtico milagro del Creador! Pero a tan gran privilegio, supo ella corresponder en todo momento, con humilde y heroica fidelidad.

¿Por qué ese privilegio?

¿Por qué distinguió Dios con tan inusitado favor a María? Nos lo explica la Iglesia: Para que fuese *digna Madre del Verbo divino,* digna morada del Hijo de Dios. ¿Cómo iba a hospedarse en una casa manchada, ni por un instante, con la inmundicia de culpa alguna?

Hay además otro motivo para la limpieza de toda mancha en la Madre de Dios. Y es que el Hijo divino venía del cielo como Cordero de Dios, a quitar el pecado del mundo. Venía en son de guerra, como *Antipecado.*

Y en esta cruzada salvífica contra el mal, quería tener por principal colaboradora (subordinada a

El), a María, su Madre. Ella, por tanto, había de ser también del todo pura, *Inmaculada.*

IV

VENCEDORA DE LA SERPIENTE

El misterio de la Inmaculada fue anunciado, ya desde el amanecer del género humano, en son de guerra, pues al maldecir Dios a la Serpiente le dijo: *"Pondré hostilidades entre ti y la Mujer,* entre tu linaje y el suyo. Este quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas a su calcañar" (Gen. 3,15).

¿Quién es esa Mujer?

No dirás que es Eva, que acaba de rendirse a la Serpiente, ni tampoco alguna de las demás mujeres, que todas nacen pecadoras. En ninguna de ellas se cumple la profecía, y hay que buscar una, en quien la palabra de Dios a la Serpiente se realice con plenitud.

Esa Mujer singular *es sólo María,* la Virgen sin mancilla, cuyo Hijo, Cristo, quebrantó la cabeza del infernal enemigo con su Cruz redentora. Pues *"quebrantar la cabeza"* significa la victoria total, ya que la serpiente o dragón se considera tener toda su fuerza vital en la cabeza.

Hostilidad irreconciliable.

Esa enemistad plena entre la Mujer y la Serpiente sólo se cumplió en María, pues sólo ella, desde el primer instante de su ser, fue *inaccesible a las asechanzas del Maligno,* al ser concebida sin pecado original.

Después, en toda su vida, jamás cedió un palmo en su decidida actitud contra toda culpa, por leve que pareciera. Más aún, aunque libre de malas inclinaciones, y consciente de que el Poderoso había hecho en ella maravillas, la humilde Virgen no abusó en nada del favor que Dios le dispensaba.

Al contrario, guardaba todo recato en su corazón y sus sentidos, huía de toda ocasión pecaminosa, y ejercitaba la mayor austeridad de vida, como después, a imitación de ella harían todos los santos.

La victoria de María fue total. Jamás pudo gloriarse el enemigo de tener la más mínima parte en ella, que había dado su corazón por entero al Señor. Fracaso tras fracaso, el Maligno hubo de roer avergonzado su completa derrota, ante esta Mujer excelsa.

Para los que aman a Dios y se afligen de verlo tan ofendido en el mundo, es un consuelo inmenso ver que la más grande de las puras criaturas, María, estuvo siempre, cual *místico girasol,* enfocada hacia Dios, y a El sólo quiso complacer.

¡Guerra al pecado!

Porque la lucha sigue dura, sin tregua, entre los

hijos de la Virgen y los de la Serpiente. Es el combate incesante entre la luz y la tiniebla, Cristo y Belial. Nosotros, por exigencia de nuestro bautismo, tomemos posición resueltamente bajo la bandera de Cristo y de María. Fuertes en la fe, hagamos retroceder el mal en el mundo. En esta gran lucha, ¡la Inmaculada será nuestra Capitana!

V

MARIA FRENTE A EVA

San Pablo nos presenta frente a frente a *Adán y Cristo*. Por Adán penetró el pecado en el mundo, y tras el pecado la muerte; mas por Cristo entró en el mundo la gracia y la vida divina. Adán nos arruinó, pero Cristo reconquistó para nosotros, con creces, lo que Adán nos había perdido.

Oposición Eva-María.

Después de San Pablo, algunos Santos Padres (Ireneo, Justino, etc.), de modo similar compararon a *Eva con María.* Eva fue cómplice de Adán en la ruina del hombre, mientras María fue colaboradora de Cristo en la salvación humana.

Opuestas fueron también sus actitudes. Eva entabló diálogo con el ángel malo que, oculto bajo la figura de una serpiente, le puso la tentación. María entabló diálogo con el ángel bueno, que le manifes-

tó el mensaje de Dios.

Eva, escuchando al ángel malo, fue incrédula a lo que Dios le había dicho. En cambio María, oyendo al ángel bueno, aceptó con plena fe lo que le anunciaba de parte de Dios. Por eso la felicitó Isabel: *"Feliz tú que has creido"*.

Eva, orgullosa, quiso ser como Dios, y desobedeció a su mandato. Pero María, toda humilde, sólo ambicionó ser la esclava del Señor, y obedeció gozosa su designio.

Nuestra Madre verdadera.

Eva, por su desobediencia, contribuyó con Adán a la ruina del género humano, al pecado y a la muerte. Por el contrario, María, con su obediencia, nos dió a Cristo, y con El la salvación y vida divina.

"Por Eva la muerte, la vida por María", según la tajante expresión de San Jerónimo. "El nudo de la desobediencia de Eva quedó suelto por la obediencia de María". Y San Proclo de Constantinopla: "La obediencia de la hija (María) reparó la desobediencia de la madre (Eva)".

Por tanto Eva fue mala madre nuestra, y más bien madrastra, que engendró hijos muertos a la vida sobrenatural, a causa del pecado. Nuestra verdadera Madre fue María, al darnos el fruto bendito de su vientre, Jesús, autor de la vida divina en nosotros.

Las lágrimas que nos causó Eva, las dulcificó María, que es dulzura y esperanza de los míseros mor-

tales. Por eso, oh María, a ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, que antes no daba más que espinas de pecados, mas, por ti, produce ahora flores y frutos de virtudes.

Vuelve a nosotros esos tus ojos de misericordia, Madre del amor hermoso, de la esperanza y del perdón, Madre llena de santa alegría.

María Reparadora.

Por todo esto María es *la gran Reparadora del pecado,* junto a Cristo y en virtud de la Cruz. Con su bendito Sí al mensaje del ángel atrajo al Hijo de Dios, para que en sus entrañas virginales se revistiera de nuestra carne mortal, para poder redimirnos.

Y luego, en la cima del Calvario, junto a la Cruz de su Hijo, ofreciendo al Padre el sacrificio de Cristo y el martirio de su propio corazón maternal, humildemente *cooperó a la obra de nuestra Redención.*

Imitemos en nuestra pequeñez a la Virgen, y unidos con ella a la Cruz de Cristo, ofrezcamos nuestras penas, dolores y penitencias, en reparación de los pecados de cada uno de nosotros, y los de todo el mundo.

Porque el pecado es el único obstáculo serio al Reinado de Cristo en los corazones, y es el gran mal de los hombres, fuente corrompida de los de-

más males. Es, pues, una obra digna de verdaderos cristianos, la *humilde reparación* con Cristo y con María.

VI

LLENA DE GRACIA

Donde no hay tinieblas brilla la luz. En la Inmaculada, no solo se excluye toda sombra de culpa, sino que en ella brilla la gracia, luz divina, en total esplendor.

¿Y qué es la gracia?

¿Qué significa *estar en gracia* una criatura inteligente? (los irracionales no son capaces de la gracia). Pues significa, nada menos, que esa criatura es grata a Dios, el cual se complace en ella con especial ternura de amor.

Y es que al mirarla ve en ella un rasgo que le enamora, y es precisamente ese don divino que llamamos gracia (santificante). Que es una luz sobrenatural que penetra al alma, y hace al hombre, *santo, hijo adoptivo de Dios, semejante a El,* y como hijo, heredero también con Cristo de la herencia del cielo.

En el alma en gracia habita Dios, mora el Espíri-

tu Santo como en propia casa, cual foco de luz radiante en un castillo de cristal. El mismo es *la gracia increada, y autor de todas las gracias y dones creados.*

Figuras de la gracia.

La hermosura y riqueza sobrenatural de la gracia no es perceptible a los ojos del cuerpo, sobrepasa todo el espectro de la luz física. Pero la perciben los ángeles, y hace las delicias de Dios.

Para que de algún modo podamos captar el valor de la gracia, la palabra de Dios nos la sensibiliza con diversas comparaciones o parábolas.

La gracia es *la perla preciosa,* de valor incalculable, pero que pasa desapercibida al vulgo de la gente. Mas un buen día la descubre un experto en perlas finas, el cual, asombrado de su valor, corre a vender todo lo que posee, para así poder adquirirla.

Igualmente, la gracia es *el tesoro oculto* con que tropezó un gañán mientras araba. Lleno de gozo le echó tierra encima, y fue volando a vender cuanto tenía, para poder comprar aquel campo y quedarse con el tesoro.

"Vende cuanto posee", porque todos los bienes del mundo son despreciables en comparación de la gracia, pues dice el Sabio: "Todo el oro es como un poco de tierra, y toda la plata como fango, en comparación de la sabiduría". Y para San Pablo, todos los tesoros de esta vida son basura, con tal de ganar el tesoro divino que es Cristo.

La gracia es aquel *agua pura y refrescante*, que salta bulliciosa hasta la vida eterna, y que el Señor ofreció a la samaritana. El profeta Isaías nos anima a sacar esta agua viva de *la fuente de la salvación*, que es *el Corazón abierto de Jesús.*

La gracia es ya la salvación comenzada en esta vida como germen, que se abrirá plenamente en la gloria venidera. Para conquistárnosla se abrazó Cristo con la Cruz.

Plenitud en María.

Un solo destello de gracia divina hace al alma más amable a Dios que toda la creación material, y más bella a sus ojos que las más preciosas flores. Pues ¿como será la criatura a la que se le haya dado la plenitud de la gracia?

Pero ¿existe una criatura tan afortunada? ¿Quien es ella y la ensalzaremos? Es la Virgen María, la Inmaculada. Por eso el ángel la saludó: *"Alégrate, llena de gracia"*.

Después de la Humanidad de Cristo, a quien se dió la gracia sin medida, es María la más favorecida de Dios, la amada. Ya desde el amanecer de su existencia superó a los más grandes ángeles y santos en la cumbre de su gloria. *"Sus cimientos en los montes más altos"*.

Ella, tan humilde, no se daba cuenta de la belleza de su alma, como le pasa a las flores. Pues *"toda*

la gloria de la hija del rey está en su interior", aunque se manifestaba en su exterior con la más varia diversidad de virtudes.

También por su humildad se explica la extrañeza que le causó el saludo tan elogioso del ángel. Mas, al fin, ilustrada por Dios, reconoció conmovida que el Poderoso se había fijado en la pequeñez de su esclava, y había realizado en ella grandes maravillas.

Corresponde fielmente.

Es importante advertir que María, objeto de la predilección divina, no fue meramente pasiva, dejándose mimar, por decirlo así, del Altísimo. Ella correspondió activamente a Dios, con humilde y heroica fidelidad, en todo momento.

Más aún, *"dispuso en su corazón admirable ascensiones"*. Atenta a las llamadas del Esposo Celestial, crecía de continuo en santidad y virtudes, durante toda su peregrinación terrenal. Hasta que rebosante de méritos la llamó su Dueño dulcemente:

¡Ven, amada mía, esposa mía, ven y serás coronada!

VII

LA INMACULADA TRIUNFA

La Concepción inmaculada de María, como todos los dogmas católicos, siempre estuvo contenida en el tesoro de la Revelación que Cristo confió a la Iglesia, y esta guarda intacta. La Iglesia, al definir un dogma no inventa una verdad nueva. Sólo declara con su autoridad infalible que esa verdad está contenida en el tesoro de la Revelación.

De modo que esta excelsa gloria de la Virgen fue siempre creida por el pueblo fiel, al menos implícitamente, en cuanto que acepta todo lo que Cristo haya revelado a su Iglesia, y lo acepta con firme fe.

El escollo para la definición.

Mas al tratarse de proclamarla explícitamente (como era el deseo ardoroso del pueblo creyente), los teólogos tropezaron con un escollo doctrinal, a primera vista insoluble. Algunos no comprendían cómo fuese *compatible la concepción inmaculada de María con la verdad clara y cierta de la redención universal.*

Pues si María, desde su Concepción, estuvo exenta de toda culpa, incluso la original, ¿cómo pudo ser redimida por Cristo? Redimida ¿de qué? Y sin embargo San Pablo afirma la universalidad de la redención por Cristo, para todos los descendientes de Adán.

Ardiente polémica.

La discusión ardía en Occidente, sobre todo desde el s. XIII. Sin embargo, a pesar de los oponentes, la "piadosa creencia" como se la llamaba, iba ganándose cada día más adeptos entusiastas. Defendíanla santos, doctores y universidades, obligándose muchos incluso con juramento a favor de la tesis inmaculista.

En 1497 hizo este juramento la universidad de París. A fines del s. XVII defendían la Concepción inmaculada de María 150 universidades europeas. A España tocó la gloria de la gran popularidad que alcanzó esta creencia, multiplicándose en ella los estandartes de "la sin pecado", sobre todo en Andalucía.

Pero faltaba la definición dogmática por parte de la Santa Sede. Los reyes de España la pedían con urgencia a Roma. Con todo, un importante reducto de teólogos se mantenía firme en negarle a la Virgen esta incomparable joya de su corona.

Y no es que les faltase amor a la Señora, sino por

la dificultad antes dicha, de la aparente incompatibilidad con la universalidad de la redención.

El campeón de la Inmaculada.

Mas llegado el momento oportuno, suscitó Dios al campeón ilustre que, en noble lid teológica, reivindicara para María tan glorioso privilegio. Fue el franciscano irlandés Duns Escoto (1274-1308).

Dicen que al ir a defender su tesis rezó ante una imagen de María: "Concédeme, Virgen sagrada, que sepa alabarte, y dame acierto frente a tus adversarios".

Luminosa distinción.

El mito de Escoto fue distinguir dos maneras de redención obrada por Cristo, a saber, *liberativa* y *preservativa.* Por la primera, los pecadores son liberados de la culpa por los méritos de Cristo. Por la segunda, una privilegiada criatura, la Virgen María, es preservada de toda culpa, incluso la original, desde el primer instante de su ser, también por los méritos de Cristo, previstos desde siempre en la mente de Dios.

Con otras palabras: Los demás somos curados del zarpazo de la fiera (el pecado), pero a María no la alcanzaron sus garras. Todo por virtud de la Cruz de Cristo. Un Redentor tan excelso había de reali-

zar también la más noble manera de redención. ¿Y en quien mejor que en su Madre santísima?

María es, por tanto, la flor más pura del árbol de la Cruz, la victoria más grande del Redentor contra la serpiente infernal, que no pudo tener en ella parte alguna, ni siquiera en el primer instante de su ser natural.

Esta doctrina se fue haciendo cada vez más popular, hasta que culminó en la *solemne proclamación del dogma por Pío IX,* en 1954. El Papa, ante una brillante asamblea de obispos y cardenales, y una ingente multitud de todos los países, en virtud de su magisterio supremo, promulgó esta verdad de modo definitivo, irreversible.

El acontecimiento conmovió a toda la cristiandad. En Roma se hizo perenne su memoria en la famosa plaza de España, donde se levantó el monumento precisamente para celebrar la definición del dogma.

VIII

NATIVIDAD Y JUVENTUD

Joaquín y Ana fueron, según venerable tradición, los afortunados padres de la Virgen María. No sabían ellos que habían dado vida a la más excelsa de todas las puras criaturas, inmaculada y llena de gracia.

Aurora del nuevo día.

La Natividad de la Virgen, a los nueve meses de su Concepción, señala una fecha de esperanza para todos los míseros hijos de Eva. A la nueva niña se le puso nombre María (Myriam).

Este nacimiento fue *la aurora* después de larga y tétrica noche. La aurora que con su rosada claridad, prenunciaba la salida del *Sol de santidad, Jesucristo, Salvador del mundo.*

Si la natividad de Juan Bautista llenó de alegría la montaña de Judea, cuánto más merecedora de alegría era la natividad de la Virgen. Juan iba a ser el Precursor del que venía a salvar el mundo, pero María iba a ser su Madre.

Ella era la flor de las flores que había de dar a los humanos el salutífero fruto, Jesús.

Entrega mañanera a Dios.

La niña María fue creciendo armónicamente en edad y gracia de Dios. Apenas alboreó en ella la inteligencia, se consagró al Todopoderoso como *humilde esclava.* Gozosa, le hizo oblación de todo su ser: alma, cuerpo, y corazón indiviso.

Nada reservó para sí, dispuesta siempre a cumplir los designios divinos, movida por el más puro amor. En esta entrega generosa se incluía, sin duda, *la virginidad,* como voluntario ofrecimiento, bajo la inspiración del Espíritu Santo que especialmente la guiaba.

Así vino a ser María el más dócil instrumento para el plan salvífico de Dios.

Esposa del carpintero.

Mas a pesar del decidido propósito de María, inspirada por el Espíritu Santo, de guardar virginidad perpetua, eso no fue obstáculo para que, al llegar a su juventud, dispusiese la divina Providencia que fuese desposada con un varón justo.

El escogido fue José, de la tribu de Judá, y de la casa de David. El había de ser ante la Ley el cabeza de familia, y ante el mundo, ignorante del misterio

de la Encarnación, sería el que velase por la honra de la Madre de Dios.

Aunque de linaje real, la parentela de José había venido a menos, y él hubo de ganarse el pan con el *oficio de carpintero* en Nazaret.

Dios dotó a José de las cualidades y dones convenientes a su importante misión. Si a los patriarcas y profetas, que sólo habían de anunciar la venida del Mesías, les concedió tan grandes dones, cuánto más había de conceder al que iba a ser el inmediato realizador del plan divino, respecto a Jesús y María.

José había de ser en la tierra como *la sombra del Padre Celestial,* para proteger los primeros pasos del Verbo encarnado, cuidarlo y nutrirlo en su infancia, y velar por su vida y seguridad. Con razón lo venera el pueblo fiel como "padre nutricio" de Jesús.

José estaba completamente enamorado de su Esposa María, con un amor virginal, y compartía sin reservas las aspiraciones de la "esclava del Señor". Tranquila vivía la dulce Virgen en compañía de su amado Esposo.

IX

LA ANUNCIACION

Y llegó el tiempo determinado por Dios para hacer realidad su grandioso plan de salvación del hombre. Era el momento culminante de la historia, día venturoso para el linaje pecador de Adán. El Restaurador de la salud humana iba a venir al mundo.

El mensajero del cielo.

Un día descendió del cielo a la tierra un misterioso mensajero. Venía nada menos que de parte de Dios Altísimo, como embajador suyo. ¿Adónde dirigirá sus pasos? ¿A Roma o Atenas? O mejor, a Jerusalén, la Ciudad Santa, ¿no os parece?

Pues nada de eso. El arcángel Gabriel, que tal era el celestial mensajero, se fue derecho a un pueblecito casi desconocido, de la provincia de Galilea, llamado Nazaret. Y allí entró en la modesta casa de una humilde y pura virgen, desposada con un varón de la tribu de Judá y familia de David, llamado José. La Virgen se llamaba María.

El cortesano del cielo la saludó respetuoso. *"Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo".* Ella, en su humildad, se turbó por tan elogioso saludo, y se puso a pensar que podría significar.

El ángel la sosegó: *"No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios".* Y enseguida le manifiesta el mensaje divino: Que ella ha de ser la Madre del Mesías prometido y esperado desde siglos, y lo ha de llamar *Jesús.* Será el gran Rey, descendiente de David, cuyo trono ocupará, y su reinado no tendrá fin.

El sí que nos salvó.

La humilde Virgen, lejos de engreirse, piensa en su virginidad que ha prometido al Señor, inspirada por El mismo, y no alcanza a comprender cómo podrá compaginarse con ser la Madre del Mesías.

El ángel la ilumina sobre el misterio: Ella nada tiene que temer, pues la concepción de su Hijo será enteramente milagrosa, salvando esa virginidad que tanto ama, y tanto agrada a Dios. *El Espíritu Santo vendrá sobre ella,* y la cubrirá con su sombra, y por su divino poder hará que conciba a su Hijo sin concurso de varón.

Disipada la oscuridad, María respiró. Y conociendo el designio del Altísimo sobre ella, lo acepta con pleno y gozoso rendimiento, y respondió al ángel:

"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí

según tu palabra". ¡Qué fe tan grandiosa, qué humilde obediencia, cuán ferviente amor!

Reina y esclava.

Este Sí de la Virgen María fue *decisivo para nuestra salud,* pues era lo que Dios aguardaba para poner en marcha su gran obra salvífica. El cielo entero se estremeció de alegría, y prorrumpió en alabanzas de la Virgen.

¡Oh admirable contraste! El ángel la había llamado Reina, pues le anunció que sería la Madre del Rey divino. Mas ella prefiere llamarse *la esclava del Señor.*

Esclavitud significaba en aquella época una pertenencia total al amo, sin reservar nada para sí, ni siquiera la propia voluntad. El amo disponía a su antojo del esclavo, hasta de su misma vida.

Pero había una diferencia abismal entre aquellos esclavos antiguos y María. Ellos eran esclavos *a la fuerza,* mientras María era la esclava de Dios *voluntariamente.* Sus cadenas no eran de hierro, sino de amor purísimo.

El fruto de su obediencia.

No había acabado la Virgen de pronunciar su rendido Sí, cuando ya en sus entrañas virginales se realizó el inefable misterio de la *Encarnación del*

Verbo, punto de partida de la divina obra salvífica.

En ese mismo instante, el Espíritu Santo formó en el vientre bendito de María y de la sangre de ella, el cuerpo perfectísimo de un Niño, al que infundió un alma nobilísima, y sin demora alguna, el Hijo de Dios asumió esa naturaleza humana en su Persona divina:

Permaneciendo lo que era, quedó hecho lo que hasta entonces no era, verdadero Hombre, igual que nosotros, pasible y mortal: *"El Verbo se hizo carne, y acampó entre nosotros"*.

X

LA VISITA DE MARIA A ISABEL

En la Anunciación se enteró María de la dicha que Dios había concedido a su prima Isabel, triste por su esterilidad. Y es que concibió en su vejez, y ya estaba en el sexto mes de su preñez. *"Que para Dios nada hay imposible"*.

María, llevada de su amor, fue a visitar a Isabel, para congratularse con ella.

Alegre saludo.

Apenas entró María a casa de su prima, estalló en aquella morada una efusión de alegría, con la comunicación del Espíritu Santo. El niño que Isabel llevaba en sus entrañas saltó de gozo ante la proximidad del Salvador, y ella exclamó a voz en grito:

—¿De dónde a mí la dicha tan grande de que me visite *la Madre de mi Señor?* Apenas entraste por mis umbrales, dió saltos de júbilo la criatura en mi vientre—. Y añadió: *"Dichosa tú que has creido,* porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá".

El cántico de María.

Entonces, la humilde esclava del Señor prorrumpió en un himno profético: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava". La Virgen agradece la predilección con que Dios la ha mirado.

Reconoce los grandes dones de Dios en ella, pero atribuyéndolos sólo a El: *"Hizo en mí grandes cosas* el que es Poderoso, santo es su nombre". Hasta tal punto la ha favorecido que, en adelante, *"la felicitarán todas las generaciones"*.

A continuación profetiza María, en dramático resumen, las hazañas que ha de obrar Dios defendiendo a los pobres y humildes, y enfrentándose con los ricos altaneros.

María se quedó tres meses con Isabel, y después regresó a su casa.

La tribulación de José.

Nada más volver María de su visita a Isabel, advirtió José en ella evidentes señales de embarazo. Ignorante del gran misterio, la turbación del honrado esposo no es para contarla.

Conocedor de la altísima santidad de María, no era capaz de explicarse lo que había sucedido, y se perdía en pesimistas cavilaciones. De tal modo que,

como hombre justo que era, determinó lo que creyó más oportuno para ocultar su deshonra, sin delatar a su esposa. La abandonaría secretamente.

Y estando en el punto más álgido de su ansiedad, cuando las tinieblas de su mente eran más espesas, el cielo le lanzó un rayo de luz consoladora:

–José, hijo de David, no tengas reparo en tomar contigo a María, tu esposa. Mira que *lo nacido en ella es del Espíritu Santo* –la borrasca se disipó. La paz volvió al noble corazón de José.

XI

Y NACIO DE LA VIRGEN MARIA

Los designios políticos del emperador Augusto sirvieron, sin él saberlo, para que, conforme a la antigua profecía, naciese Jesús en Belén, la ciudad de David. Porque José y María tuvieron que desplazarse hasta allí, para inscribirse en el registro civil, según el decreto imperial.

En un pobre establo.

En Belén, José hubo de buscar un albergue en el campo, pues no quedaba sitio para ellos en el mesón del pueblo, rebosante de huéspedes. Y un establo de bestias desabrigado fue lo único que pudo ofrecer a su esposa fatigada del camino, y que estaba encinta.

Y fue en aquel lugar pobre y humilde, lejos del bullicio del mesón público, donde *la Virgen dió a luz felizmente al Verbo encarnado*, el acontecimiento más importante de toda la historia humana.

Los cielos destilan miel y dulzura, porque Dios ha aparecido entre nosotros. Rindámosle con María y José homenaje de adoración, porque ese Niño es el Verbo "por quien fueron hechas todas las cosas".

Y rindámosle también homenaje de tierno amor, porque ese Niño viene al mundo a salvarnos a todos.

Trono de la Sabiduría.

Y vemos a María la Virgen convertida en el trono de la Sabiduría, al sostener en su regazo a Jesús, que es la divina Sabiduría encarnada, y ante ese vivo trono acuden a postrarse oleadas de adoradores.

Primero son los ángeles, pues al entrar su Hijo en el mundo ordenó Dios: *"Adórenle todos sus ángeles".* Y apareció en el cielo de Belén una legión de espíritus celestes, que cantaban jubilosos: "Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres del beneplácito divino". Y adoraron al Niño en brazos de su Madre.

Después los pastores. Apacentaban sus rebaños en los campos de Belén, cuando un ángel envuelto en luz, les anunció un gran gozo: *"Os ha nacido el Salvador,* en la ciudad de David". Y hallaron al Niño con María su Madre, que lo envolvió en limpios pañales, y lo reclinó en un pesebre.

Finalmente los magos, venidos de oriente con su

séquito, guiados por misteriosa estrella. Tras diversas peripecias y dificultades llegaron a Belén, y hallaron al Niño con María su Madre, y postrándose lo adoraron, ofreciéndole ricos presentes de su país: *oro, incienso* y *mirra.*

El Hijo de María en peligro.

El impío monarca Herodes, ciego de ira porque los magos le habían burlado, no volviendo a su presencia, organizó el exterminio del *pequeño rey*. Pero fue en vano, inicuo Herodes, pues la Providencia velaba por ese Niño.

El prudente y eficaz José, alertado por un ángel, se lo llevó con su Madre apresuradamente a Egipto. Y en ese país extranjero, también en el regazo de María, saboreó el pequeño rey la amargura del exilio.

Lo único que consiguió el cruel tirano fue cubrir de luto la campiña de Belén, haciendo surgir así, como vanguardia del glorioso ejército de mártires, a los Inocentes, testigos infantiles del recien nacido Rey, Salvador del mundo.

XII

MARIA, MADRE DE DIOS

La gloria más grande de María consiste en que puede y debe ser llamada, con toda verdad, Madre de Dios. De esta máxima gloria suya se derivan todos los demás dones y privilegios, que la enaltecen sobre todas las puras criaturas.

Verdadera maternidad.

El raciocinio es bien sencillo: María es verdadera Madre de Jesús, pero Jesús es Dios, por tanto María es *verdadera Madre de Dios.*

Es verdad de fe. Está claramente en el N. Testamento. En Gal. 4,4 se dice: "al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer...".

Fue además *definida en el concilio universal de Efeso* (a. 431). La noche de aquel memorable día, todo el pueblo de Efeso acompañó por las calles a los obispos, con antorchas encendidas, cantando entusiasmados: ¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros!

Las puntualizaciones que hay que hacer no desvirtuan la verdad fundamental de que María es Madre de Dios. Ya sabemos que ella no dió a Jesús la naturaleza divina, que sólo le viene del Padre, desde toda la eternidad, como afirma el Credo de Nicea:

"Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero".

Pero este Dios de Dios, como afirma el mismo Credo: "por nosotros los hombres y por nuestra salvación, *bajó del cielo, se encarnó de María la Virgen,* por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre".

"Por obra del Espíritu Santo", es decir, no por obra de varón, sino virginalmente, por el poder del Espíritu Santo, como se lo anunció el ángel a la Virgen: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti..."

Y en el momento en que ella asintió al mensaje del ángel, sin demora alguna, el Hijo de Dios se encarnó en sus virginales entrañas, dándole ella el ser humano, y quedando El, sin dejar de ser Dios, hecho hombre verdadero.

A los nueve meses, nació de la Virgen María en el establo de Belén.

Madre admirable.

Con sobrada razón invocamos a María "Madre admirable". ¿Es que puede haber algo más admirable que ser una criatura Madre de su Creador?

"Engendraste al que te creó". ¿Y no es portentoso ser ella Madre, sin dejar de ser virgen? Pues María *"sin perder la gloria de su virginidad,* derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo Señor nuestro".

Admirable, pues la dignidad de Madre de Dios es de una alteza tan grande, que ni la podría imaginar la mente humana, y sólo por revelación divina la ha podido conocer. Es la más excelsa dignidad de que ha podido ser revestida una pura criatura, por la omnipotencia de Dios.

Tal dignidad sobrepasa a la de todos los hombres y ángeles. Y si bien es cierto que a María no se le han dado poderes sacerdotales, pero su dignidad excede a la de los sacerdotes. Estos son *ministros de Dios,* pero María es *su Madre.*

También es Madre nuestra.

Al ser Madre de Dios, María es también Madre espiritual de los hombres. El ángel no le anunció un hijo particular y privado, sino el Mesías, el Salvador de los hombres, prometido a través de los siglos por los profetas.

Por tanto, María, al consentir al mensaje del ángel, era consciente de que nos daba a todos la salvación, la gracia, la vida divina, y sabiendo esto, asintió libremente. Desde ese momento es *Madre espiritual de todos nosotros.*

Es lo que expresó Jesús desde la Cruz, al declararla Madre nuestra en la persona de Juan, diciéndole a ella: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", y al discípulo: "ahí tienes a tu Madre".

¡Oh María! Eres mi Madre. ¡Qué dicha tan inmensa para el mísero mortal, que se ve rodeado de tantas tentaciones y peligros! Muestra que eres mi Madre, cuida de mí, vela por mí. Yo te prometo, con tu favor, mostrarme verdadero hijo tuyo.

XIII

SIEMPRE VIRGEN

A pesar de su maternidad divina, María permaneció *siempre virgen.* Y ningún católico puede poner en duda la virginidad de la Madre de Dios. Ni es lícito, como a veces han pretendido algunos, replantearla de nuevo, pues es *una verdad cierta a la luz de la fe,* y paladinamente declarada por el magisterio de la Iglesia.

Lo único que ha de hacer el teólogo es profundizar en esa verdad, penetrar en sus fundamentos y sacar las consecuencias.

Esta verdad llena de alegría a los devotos de Nuestra Señora, pues significa la generosa respuesta de la humilde esclava a la predilección de su Dios y Señor.

Verdad de fe.

La proclaman unánimes los símblos de la fe y la Liturgia: *"nacido de María Virgen"*, "por obra del Espíritu Santo *se encarnó de María la Virgen"*, etc.

Con no menor claridad la Escritura: "¿Cómo puede ser eso (dice María al ángel que le ha anunciado su maternidad), pues *yo no conozco varón?"* (Lc. 1,34). Y el ángel le asegura que el Espíritu Santo protegerá su virginidad (v.35).

–Pero ¿no estaba desposada con José? –Cierto, y así lo dispuso Dios, velando por la honra de ella ante el mundo, que aún no podía captar el misterio de la Encarnación. Mas ella perseveró virgen, sin duda de acuerdo con José, el cual respetaba la divina voluntad, y compartía además las aspiraciones de su esposa.

Por eso se turba al advertir la preñez de María, hasta que el cielo lo sosegó, revelándole que lo nacido en ella era del Espíritu Santo (Mt. 1,20). Y en este hecho ve el evangelista el cumplimiento de la profecía:

"Mirad, la Virgen está encinta, y parirá un Hijo que se llamará Enmanuel, que significa Dios con nosotros" (Is. 7,14).

Virginidad perpetua.

La virginidad de María no se limitó al tiempo antes del parto, sino que continuó en el parto y después del parto. También es de fe, proclamada por Pablo VI contra los unitarios (D.993). Igualmente lo afirman los símbolos y la Liturgia: "La gloriosa *siempre Virgen María"*.

Virgen *antes del parto:* ya que "no conoció varón", y concibió a Jesús "por obra del Espíritu Santo".

Virgen *en el parto:* pues "sin perder la gloria de su virginidad, derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo, Señor nuestro", el cual "al nacer no menoscabó la integridad de su Madre, sino la santificó".

Virgen *después del parto:* la que era virgen por propia voluntad y promesa, inspirada por Dios, es claro que, después de concebir virginalmente al Hijo de Dios, no concibió más hijos.

En cuanto a los "hermanos de Jesús", es la expresión hebrea de primos o parientes cercanos, pues no tenían palabra especial para decir, primo. El evangelista que llama hermanos de Jesús a Santiago y José, luego afirma que la madre de estos acompañaba a la Madre de Jesús junto a la Cruz (Mt. 27,56).

¿Hizo María voto de virginidad?

Que María, ya antes de la Anunciación, tenía decidido propósito de mantenerse virgen, es la única explicación razonable de su respuesta al ángel (Lc. I,13). Que en ese propósito se contenía también un voto, lo han pensado algunos eminentes doctores, v.gr.:

S. Agustín: "Ciertamente no hubiera respondido

así, si antes no hubiera hecho voto de virginidad a Dios" (De sancta virginit. IV,40,338).

S. Bernardo: "Sabiendo Dios, testigo de mi conciencia, que es voluntad de su esclava no conocer varón, ¿por qué ley, o de qué manera se complacerá en que se haga esto?" (Super Missus est, hom. IV,3; hom.II,1).

Suárez: Entre católicos no hay discusión acerca de que la Virgen hiciera voto de virginidad" (BAC. 35,222).

Próspero Lambertini (que después fue Benedicto XIV): "No puede haber duda de que María haya hecho voto de virginidad" (De festis B.M.V. c.1, n.7).

XIV

EL IDILIO DE NAZARET

Después de los acontecimientos que agitaron la niñez del Salvador, (el último su pérdida que tanto angustió a José y a María, y su encuentro en el templo entre los doctores), concedió el cielo un largo período de tranquilidad a la sagrada familia en Nazaret.

La vida oculta.

Es el tiempo que solemos llamar *"la vida oculta de Jesús"*, y fue a manera de una larga preparación a su ministerio evangélico. Tiempo feliz, de oración y trabajo, de armonía y cariño mutuo entre el Niño y sus padres, que, sin duda, irradiaba hacia los demás vecinos del pueblo.

Deliciosamente observaba María el desarrollo físico de su Hijo, desde la graciosa niñez a la hermosa y fuerte juventud. Jesús oraba con ellos, y les ayudaba en el quehacer diario, y en el taller de José le servía también como aplicado aprendiz.

María gozaba lo indecible, pero su gozo no estaba exento de cierta sombra de pena y temor, al acordarse de la profecía del anciano Simeón en el templo de Jerusalén. Era la sombra alargada de la Cruz, que el venerable vidente había anunciado con misteriosas palabras.

Muerte de José.

En una fecha que ignoramos de esos años, la muerte segó la vida del cabeza de la familia. Fue el óbito de José el más envidiable que puede pensarse, asistido por el divino Sacerdote cuyo padre mitricio era, y confortado con la presencia de María, su dulce esposa.

Que el afortunado patriarca, con su poderoso patrocinio, nos alcance una muerte semejante a la suya. Y que en esa *hora suprema* que decide la eternidad, nos sintamos como él asistidos por el Salvador y su Madre santísima.

Jesús y María.

Desde ese momento quedaron solos Jesús y María, en inefable intimidad. Toda aquella sabiduría que más adelante había de sembrar Jesús en el pueblo, y más en sus apóstoles, la iba volcando, durante el largo retiro de Nazaret, en el alma de su Madre, la tierra más fértil para la divina semilla.

María *conservaba y meditaba* las palabras y ejemplo de su Hijo en su corazón maternal. Y en ese corazón purísimo fructificaba la semilla evangélica al máximo, regada por la lluvia incesante de la gracia, y daba el ciento por uno en frutos de santidad.

Hasta que sonó la hora de la despedida en el reloj de Dios. Jesús, por voluntad del Padre, que era su norma suprema, fue a entregarse a la tarea del evangelio, a la difusión del mensaje divino de salvación en la tierra de Israel. Pues tal era la misión a la que había sido enviado por el Padre.